

valores normativos que gobiernan la conducta que es común a los individuos de determinada sociedad o grupo) y la estructura social como «el cuerpo organizado de relaciones sociales que mantienen entre sí diversamente los individuos de la sociedad o grupo» (1968: 216; cursivas añadidas). La anomía se produce «cuando hay una disyunción aguda entre las normas y los objetivos culturales y las capacidades socialmente estructuradas de los individuos del grupo para obrar de acuerdo con aquéllos» (1968: 216). Es decir, debido a la posición que ocupan en la estructura social de la sociedad, ciertas personas son incapaces de actuar de acuerdo con los valores normativos. La cultura exige cierto tipo de conducta que la estructura social impide que se produzca.

Por ejemplo, la cultura de la sociedad estadounidense da gran importancia al éxito material. Sin embargo, la posición de muchas personas en la estructura social les impide alcanzar ese éxito. Una persona que nace en el seno de la clase socioeconómica baja puede obtener, en el mejor de los casos, un diploma de formación secundaria, por lo que sus oportunidades de alcanzar el éxito económico de una manera comúnmente aceptada (por ejemplo, progresando en el mundo convencional del trabajo) son mínimas o inexistentes. En estas circunstancias (y son muy frecuentes en la sociedad estadounidense contemporánea) puede aparecer la anomía y darse una tendencia hacia la conducta desviada. En este contexto, la desviación suele adoptar la forma de un medio alternativo, no aceptado y en ocasiones ilegal para alcanzar el éxito económico. Así, convertirse en traficante de drogas o en prostituta para alcanzar el éxito económico constituye un ejemplo de la desviación generada por la disyunción entre los valores culturales y los medios socio-estructurales para alcanzar esos valores. Para el funcionalista estructural ésta es una de las explicaciones del delito y la desviación.

Así, Merton analiza mediante este ejemplo las estructuras sociales (y culturales), pero no se centra de manera exclusiva en las funciones de esas estructuras. Antes bien, de acuerdo con su paradigma funcional, su preocupación central son las disfunciones, en este caso la anomía. Como hemos visto, Merton vincula la anomía con la desviación de manera que las disyunciones entre cultura y estructura tienen la consecuencia disfuncional de conducir a la desviación dentro de la sociedad.

Merece la pena señalar que en la obra de Merton sobre la anomía hay implícita una actitud crítica hacia la estratificación social (por ejemplo, porque bloquea para algunos los medios de alcanzar metas socialmente deseables). Así, mientras Davis y Moore aprobaban en sus escritos una sociedad estratificada, la obra de Merton indica que los funcionalistas estructurales deben criticar la estratificación social.

## Principales críticas

Ninguna teoría sociológica de la historia de la disciplina ha despertado tanto interés como el funcionalismo estructural. Desde finales de la década de 1930 hasta principios de la de 1960 fue virtual e indiscutiblemente la teoría socioló-

gica dominante en Estados Unidos. Sin embargo, durante los años sesenta comenzaron a aumentar de tal manera las críticas a esta teoría que llegaron a sobrepasar sus elogios. Mark Abrahamson describió esta situación vívidamente: «Así, dicho en términos metafóricos, el funcionalismo se pavoneó como un gigantesco elefante que se permitía ignorar la picadura de los mosquitos, incluso cuando el enjambre le estaba infligiendo cuantiosas pérdidas» (1978: 37).

**Críticas sustantivas.** Una de las principales críticas defiende que el funcionalismo estructural no es válido para tratar cuestiones históricas, que es intrínsecamente ahistórico. De hecho, el funcionalismo estructural se desarrolló, al menos en parte, como reacción al enfoque histórico evolucionista de ciertos antropólogos. Se pensaba que los primeros antropólogos describían simplemente los diversos estadios de la evolución de una determinada sociedad o de la sociedad en general. Las descripciones de los primeros estadios eran altamente especulativas y los últimos estadios solían ser poco más que idealizaciones de la sociedad en la que vivía el antropólogo. Los primeros funcionalistas estructurales se afanaron por superar el carácter especulativo y los sesgos etnocéntricos de los trabajos de aquéllos. Al principio, el funcionalismo estructural fue demasiado lejos en sus críticas a la teoría evolucionista, y comenzó a centrarse tanto en sociedades abstractas como contemporáneas. Sin embargo, el funcionalismo estructural no necesariamente ha de ser ahistórico (Turner y Maryanski, 1979). Aunque los que lo utilizan o lo han utilizado han tendido a trabajar con él como si lo fuera, nada en la teoría les impide analizar cuestiones históricas. De hecho, la obra de Parsons sobre el cambio social (1966, 1971), como ya hemos visto, refleja la capacidad de los funcionalistas estructurales para analizar el cambio si lo desean.

Los funcionalistas estructurales también fueron atacados por su incapacidad para analizar con eficacia el proceso del cambio social (Abrahamson, 1978; P. Cohen, 1968; Mills, 1959; Turner y Maryanski, 1979). Mientras la crítica anterior atañe a la supuesta incapacidad del funcionalismo estructural para analizar el pasado, la que nos ocupa ahora hace referencia a su paralela incapacidad para estudiar el proceso contemporáneo de cambio social. El funcionalismo estructural es bastante más apropiado para el análisis de estructuras estáticas que para el de los procesos de cambio. Percy Cohen (1968) cree que el problema reside en la teoría estructural funcional, en la que todos los elementos de una sociedad se refuerzan uno a otro y refuerzan también al sistema en su conjunto. Esto dificulta la comprensión del modo en que estos elementos pueden contribuir al cambio. Mientras Cohen cree que el problema está en la teoría, Turner y Maryanski piensan, de nuevo, que el problema reside en los que utilizan la teoría, no en la teoría misma.

Desde el punto de vista de Turner y Maryanski los funcionalistas estructurales no suelen abordar la cuestión del cambio, y cuando lo hacen es en términos del desarrollo más que de la revolución. Sin embargo, ambos piensan que no hay razón alguna que explique por qué los funcionalistas estructurales no

pueden abordar la cuestión del cambio social. Independientemente de donde se encuentra el problema, si en la teoría o en los teóricos, el hecho es que las principales contribuciones de los estructural-funcionalistas se enmarcan en el estudio de estructuras sociales estáticas que no cambian<sup>9</sup>.

Quizá la crítica más conocida que se haya hecho al funcionalismo estructural sea que no puede ser utilizado para analizar de forma satisfactoria la cuestión del conflicto (Abrahmson, 1978; P. Cohen, 1968, Gouldner, 1970; Horowitz, 1962/1967; Mills, 1959; Turner y Maryanski, 1979)<sup>10</sup>. Esta crítica adopta varias formas. Alvin Gouldner señala que Parsons, principal representante del funcionalismo estructural, tendió a dar demasiada importancia a las relaciones armoniosas. Irving Louis Horowitz mantiene que el funcionalismo estructural considera que el conflicto es invariablemente destructivo y que ocurre fuera del marco de la sociedad. Y en términos más generales, Abrahmson señala que el funcionalismo estructural exagera el consenso societal, la estabilidad y la integración, y no atiende al conflicto, el desorden y el cambio. La cuestión es, de nuevo, si el problema está en la teoría o en el modo en que los teóricos la han interpretado y utilizado (P. Cohen, 1968; Turner y Maryanski, 1979). Sea como fuere, es evidente que el funcionalismo estructural tiene poco que ofrecer para entender el análisis del cambio social.

La crítica general de que el funcionalismo estructural es incapaz de tratar la historia, el cambio y el conflicto ha llevado a muchos (por ejemplo, P. Cohen, 1968; Gouldner, 1970) a afirmar que el funcionalismo estructural tiene un sesgo conservador. Como Gouldner señaló vívidamente en su crítica al funcionalismo estructural de Parsons: «Parsons siempre vio un vaso parcialmente lleno de agua como un vaso medio *lleno* más que como un vaso medio *vacío*» (1970: 290). Aquél que ve un vaso medio lleno acentúa los aspectos positivos de una situación, mientras que el que lo ve medio vacío está considerando los aspectos negativos. Para decirlo en términos sociales, un funcionalista estructural conservador acentuaría las ventajas económicas de vivir en nuestra sociedad antes que sus inconvenientes.

En efecto, probablemente existe un sesgo conservador en el funcionalismo estructural que puede deberse no sólo a su ignorancia de ciertas cuestiones (el cambio, la historia, el conflicto), sino también a su elección de los temas de investigación. Por un lado, los funcionalistas estructurales han tendido a centrarse en la cultura, las normas y los valores (P. Cohen, 1968; Mills, 1959; Lockwood, 1956). David Lockwood (1956), por ejemplo, critica a Parsons por su gran preocupación por el orden normativo de la sociedad. En términos más generales, Percy Cohen (1968) afirma que los funcionalistas estructurales se cen-

<sup>9</sup> Sin embargo, algunos funcionalistas estructurales (C. Johnson, 1966, Smelser, 1959, 1962) han realizado trabajos relevantes sobre el cambio social.

<sup>10</sup> De nuevo, hay importantes excepciones: véase Coser (1956, 1967), Goode (1960), y Merton (1975).

tran en los elementos normativos, pero que esta preocupación no es inherente a la teoría. La concepción pasiva del actor individual es de crucial importancia en la aproximación del funcionalismo estructural a los factores societales y culturales, y contribuye a la explicación de la orientación conservadora de la teoría. Las personas son tratadas como seres constreñidos por fuerzas sociales y culturales. Los estructural-funcionalistas (por ejemplo, Parsons) carecen de una concepción dinámica y creativa del actor. Como Gouldner señaló en su crítica al funcionalismo estructural: «Los seres humanos utilizan los sistemas sociales del mismo modo que éstos los utilizan a ellos» (1970: 220).

La tendencia de los funcionalistas estructurales a confundir las legitimaciones empleadas por las elites de la sociedad con la realidad social está muy relacionada con su enfoque cultural (Gouldner, 1970; Horowitz, 1962/1967; Mills, 1959). El sistema normativo se interpreta como un reflejo de la sociedad en su conjunto cuando, de hecho, es más bien un sistema ideológico promulgado por los miembros de la elite de la sociedad, cuya existencia les favorece. Horowitz expresa esta idea bastante explícitamente: «La teoría del consenso... tiende a convertirse en una representación metafísica de la matriz ideológica dominante» (1962/1967: 270).

Estas críticas sustantivas se orientan en dos direcciones básicas. Primera, parece evidente que el funcionalismo estructural presenta una estrechez de miras que le impide ocuparse de una serie de cuestiones y aspectos importantes del mundo social. Segunda, su enfoque suele tener un sesgo conservador; hasta cierto punto, tal y como ha sido y sigue siendo utilizado, el funcionalismo estructural ha operado y opera a favor del estatus quo y de las elites dominantes (Huaco, 1986).

**Críticas lógicas y metodológicas.** Una de las críticas que se han formulado con mayor frecuencia (véase, por ejemplo, Abrahamson, 1978; Mills, 1979) es que el funcionalismo estructural es básicamente vago, ambiguo y poco claro. Por ejemplo: ¿qué es exactamente una estructura? ¿Y una función? ¿Y un sistema social? ¿Qué relación hay entre las partes de un sistema social? ¿Y entre ellas y el conjunto del sistema social? Parte de la ambigüedad se debe a que los funcionalistas estructurales eligen analizar sistemas sociales abstractos en lugar de sociedades reales.

Otra crítica relacionada con la anterior es que, si bien nunca ha existido un gran esquema con el que poder analizar todas las sociedades que ha habido a lo largo de la historia (Mills, 1959), los funcionalistas estructurales han creído que sí hay una teoría o al menos un conjunto de categorías conceptuales que sirven para ese fin. Muchos críticos consideran esa gran teoría pura ilusión y aducen que lo máximo a lo que puede aspirar la sociología es a producir teorías históricamente específicas, teorías de «alcance medio» (Merton, 1968).

Entre otras críticas específicamente metodológicas se incluye también la cuestión de si existen métodos adecuados para el estudio de los temas que preocupan a los funcionalistas estructurales. Percy Cohen (1968), por ejemplo, se

pregunta qué herramientas pueden utilizarse para estudiar la contribución de una parte de un sistema al sistema en su conjunto. Otra crítica metodológica es que el funcionalismo estructural dificulta el análisis comparado. Si se presupone que una parte del sistema tiene sentido sólo en el contexto del sistema social en el que existe ¿cómo es posible compararla con otra parte similar de otro sistema? Cohen plantea, por ejemplo, esta pregunta: si la familia inglesa sólo tiene sentido en el contexto de la sociedad inglesa, ¿cómo es posible su comparación con la familia francesa?

**Teleología y tautología.** Percy Cohen (1968) y Turner y Maryanski (1979) consideran que la teleología y la tautología constituyen los dos problemas lógicos más relevantes del funcionalismo estructural. Algunos tienden a considerar la teleología del funcionalismo como un problema intrínseco (Abrahamson, 1978; P. Cohen, 1968), pero el autor de este libro cree que Turner y Maryanski (1979) están en lo correcto cuando afirman que el problema del funcionalismo estructural no reside en la teleología *per se*, sino en el carácter *ilegítimo* de su teleología. En este contexto, la *teleología* se define como la creencia de que la sociedad (u otras estructuras sociales) tiene propósitos o metas. Para alcanzar esas metas la sociedad crea o provoca la creación de estructuras sociales e instituciones sociales específicas. Turner y Maryanski no creen que esta idea sea necesariamente ilegítima; de hecho, afirman que la teoría social *debe* tomar en consideración la relación teleológica entre la sociedad y sus partes componentes.

Para Turner y Maryanski el problema reside en la extensión excesiva de la teleología. Una teleología ilegítima es aquella que implica «que las intenciones y los propósitos guían los asuntos humanos en casos en los que no sucede así» (Turner y Maryanski, 1979: 118). Por ejemplo, es ilegítimo presuponer que, puesto que la sociedad requiere la procreación y la socialización, crea la institución familiar. Una variedad de estructuras alternativas pueden satisfacer estas necesidades; la sociedad no «necesita» crear la familia. El funcionalista estructural define y describe los diversos modos en que las metas conducen, de hecho, hacia la creación de subestructuras específicas. Sería útil también poder mostrar por qué otras subestructuras no satisfacen las mismas necesidades. Una teleología legítima es capaz de definir y demostrar *empírica y teóricamente* los vínculos entre las metas de la sociedad y las diversas subestructuras que existen en ella. Turner y Maryanski admiten que el funcionalismo presenta teleologías ilegítimas: «Podemos concluir que las explicaciones funcionalistas suelen convertirse en teleologías ilegítimas; un hecho que presenta graves impedimentos a la utilización del funcionalismo para comprender las pautas de la organización humana» (1979: 124).

La otra gran crítica a la lógica del funcionalismo estructural es que es tautológico. Un argumento *tautológico* es aquél en el que la conclusión simplemente explicita lo que está implícito en la premisa, o constituye una mera reafirmación de la premisa. En el funcionalismo estructural, este razonamiento circular suele adoptar la siguiente forma: se define el todo en términos de las partes, y

entonces se definen las partes en términos del todo. Así, puede afirmarse que un sistema social se define por la relación entre sus partes componentes, y que las partes componentes del sistema se definen por el lugar que ocupan en el conjunto del sistema social. Como cada uno de estos elementos se define en términos del otro, lo que ocurre en realidad es que ni el sistema social ni sus partes constituyentes quedan definidas. En verdad no aprendemos nada ni del sistema ni de sus partes. El funcionalismo estructural ha sido particularmente propenso a las tautologías, pero aún queda por resolver la cuestión de si esta propensión es intrínseca a la teoría o simplemente una característica del modo en que los funcionalistas estructurales utilizan, o malutilizan, la teoría.

## NEOFUNCIONALISMO

Preso de un aluvión de críticas el funcionalismo estructural ha perdido importancia desde mediados de la década de 1960 hasta nuestros días. Sin embargo, a mediados de la década de 1980 se emprendió un gran esfuerzo para reanimar la teoría bajo el nombre de «neofuncionalismo». El término *neofuncionalismo* se utilizaba para sugerir continuidad con el funcionalismo estructural, pero también para demostrar que se estaba realizando un esfuerzo por ampliar el funcionalismo estructural y superar sus problemas principales. Jeffrey Alexander y Paul Colomy definen el *neofuncionalismo* como «una corriente autocrítica de teoría funcional cuyo objetivo es ampliar el alcance intelectual del funcionalismo sin perder su núcleo teórico» (1985: 11). Así, es evidente que Alexander y Colomy consideran el funcionalismo estructural como una perspectiva estrecha y que su meta es la creación de una teoría más sintética a la que gustan llamar «neofuncionalismo»<sup>11</sup>.

Antes de comenzar el breve análisis del neofuncionalismo es preciso señalar que, aun cuando el funcionalismo estructural en general, y las teorías de Talcott Parsons en particular, cayeron en el extremismo, había en la teoría desde el inicio de su desarrollo un poderoso núcleo sintético. Por un lado, en el transcurso de su carrera intelectual Parsons intentó integrar una amplia serie de ideas teóricas. Por otro lado, le interesaba la interrelación entre los principales dominios del mundo social, especialmente los sistemas cultural, social y de la personalidad. Sin embargo, Parsons adoptó al final una orientación funcionalista estructural estrecha y llegó a la conclusión de que el sistema cultura determinaba los otros sistemas. De este modo, Parsons abandonó su orientación sintética, y el neofuncionalismo puede considerarse como un esfuerzo por retomar aquella orientación.

---

<sup>11</sup> Turner y Maryanski (1988a), en su crítica al neofuncionalismo, han señalado que su orientación no es verdaderamente funcional, puesto que ha abandonado muchos de los principios básicos del funcionalismo estructural.